

rio un pensamiento del cuerpo que se oponga al conocimiento científico y objetivador. Esto no implica una postura anticientificista, o antitecnológica: tomando distancia del hombre configurador de mundo de Heidegger, el autor italiano caracteriza al hombre como el animal programado para cambiar su programación, un animal que guarda en su naturaleza una tecnicidad originaria. Solo a partir del pensamiento técnico sobre el hombre, solo desde la prótesis tecnológica, puede pensarse el cuerpo como más allá del sujeto, elidiendo las dicotomías sujeto-objeto y pensamiento-cuerpo. Siguiendo esta línea, Esposito trae a colación a Sloterdijk, haciendo eco de su concepto de homeotécnica –contrapuesta a la alotécnica–, en la que el hombre busca imitar los procesos creativos de la naturaleza antes que dominarla.

El libro concluye con un análisis de la presencia del cuerpo en la política y la política en los cuerpos. Partiendo del vínculo entre cuerpo y política en el *Leviathan*, se muestra cómo lo que en algún momento fue una metáfora somatopolítica se materializa como política de los cuerpos vivos en la biopolítica contemporánea. La integración de los cuerpos en las redes de poder genera, no obstante, la resistencia de estos mismos cuerpos. La comunidad, impersonal de estos cuerpos se revela como la resistencia colectiva y encarnada contra las categorías políticas actuales y sus instituciones.

*Las personas y las cosas* compone un diagnóstico filosófico del estatuto del cuerpo y su anclaje en lo político en la historia, que si bien por momentos nos deja ansiando una profundización de cada una de las tesis que propone y los puentes que traza, lo compensa en la misma osadía y agudeza de dichos puentes. El diagnóstico concluye un futuro esperanzador pero incierto para esta comunidad de vivientes –que, por supuesto, abrirá sus horizontes a un pensar más allá (y más acá) de las personas y las cosas.

Tadeo Gonzalez Warcalde

**Fabian Ludueña Romandini, *La comunidad de los espectros II: Principios de espectrología*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2016, 350 pp.**

*La comunidad de los espectros II: Principios de espectrología* comienza con un epígrafe de Heráclito y uno de Rainer María Rilke. El primero dice: “A los hombres, una vez muertos, les aguarda cuanto no esperan ni imaginan” (p. 11), el segundo: “Pero de pronto (...) por primera vez en la vida me acometió algo así como el temor a los espectros” (*ibid*). En estas dos citas ya están cifrados algunos de los temas principales que recorren el libro. Se trata de elaborar un discurso sobre la manera en que aquello que no se espera

ni se imagina acomete y afecta el mundo de los hombres a través de sus cuerpos, sus lenguajes, sus percepciones, sus sueños y su política. Se trata, entonces, de aquello que elude tanto la vida como la muerte, pero también de aquello que elude nuestras facultades para anticipar y rememorar su irrupción irreplicable; aquello sin lo cual –por lo tanto– no podría haber la más mínima brizna de experiencia. La palabra clave en cuyo enigma se anudan estos dos tópicos es *materia*. Esta palabra aparece rara vez a lo largo del libro. Pero su primera irrupción acontece en un sitio estratégico.

Pasando los epígrafes, entre el índice y la advertencia al lector que franquea el primer capítulo, se encuentra una nota sin título que no aparece consignada en el índice. En ella se dice que todo el libro puede leerse como “un extenso florilegio de glosas” (p. 15) a una sentencia de Numenio de Apamea. En dicha sentencia se plantea el problema de la infinitud de la materia y su ser. O más bien, el concepto de materia sirve como ocasión para plantear el problema del ser de lo infinito. Ludueña Romandini refiere aquella sentencia de este modo: “Si la materia es infinita (ápeiros), entonces, asimismo es indeterminada y se torna incognoscible puesto que carece de orden. Ahora bien, lo que es desordenado (átakton) no puede ser estable y, por lo tanto, no puede ser identificado con el Ser. En consecuencia, es impío (*athémiston*) atribuirle al Ser cualquier propiedad que introduzca la infinitud y el desorden en su seno” (*ibid*). De aquí se seguiría que o bien la materia es finita o bien no es. La clave del razonamiento es el lugar que ocupa el concepto de orden. El orden abarca y comunica los dominios del ser y del saber. Lo que es puede ser conocido porque tiene orden. Y aquello que no puede ser conocido por carecer de orden queda expulsado del dominio del ser. Ahora bien, lo que tiene orden es determinado y lo determinado es concebido como finito. Por lo tanto bajo el orden del ser y el saber sólo habría lugar para lo finito.

Sin embargo, bajo estas condiciones resultaría imposible mantener a raya el infinito. Por un lado, porque aunque se excluya la posibilidad de un ser y un saber de lo infinito, eso no elimina la posibilidad de una experiencia o un *pathos* de lo infinito. La afección bien podría sustraerse al orden que rige la correlación entre el ser y el saber. Por otro lado, porque el ser del orden mismo implica el problema de su infinitud. Ya que para que el orden sea, el orden debe ser determinado, ser finito y tener orden. De allí que o bien habría una sucesión infinita de órdenes de órdenes –que no podría ser, pues lo infinito yace fuera del ser– o bien habría un orden absoluto, no limitado por nada –que tampoco tendría orden ni podría ser, porque sería infinito–. En consecuencia, atribuirle orden al ser no sería sino cometer la “impiedad” de atribuirle la infinitud y el desorden en su seno. Este intento imposible de purificar el orden del ser prefigura la historia del intento de expulsar a los espectros para purificar el espíritu, que para

Fabián Ludueña constituye el gesto fundador del *nomos* de la modernidad. La pale-ontología espectral traza el itinerario de este acoso del espectro bajo diferentes figuras a través de los tiempos. Sin embargo, no conforme con señalar las fisuras del orden del ser —es decir, en la historia de la metafísica— donde se anuncia esta figura imposible, la apuesta de *Principios de espectrología* es ensayar una letra o una voz que pueda encarnar, aunque sea de manera precaria, aquello que hay de verdadero en las experiencias que ya siempre han atestiguado el vértigo de hendidura en el ser. Los efectos del riesgo que implica esta apuesta se manifiesta sin duda en la escritura del libro, en especial en muchos densos pero ricos pasajes de la segunda parte, donde la precisión erudita característica del entrenamiento filológico del autor cede a la audacia especulativa: (i)rrazón suficiente que vuelve tan delicado el emprendimiento de una empresa semejante en el seno de las instituciones académicas.

Si hay algo así como una experiencia o un *pathos* de lo infinito, el discurso que pretenda hablar de ella deberá franquear los límites del orden que rige la correlación entre ser y saber. Pero ir más allá de los límites de este orden es también ir hacia su centro vacío. Para Fabián Ludueña Romandini esta experiencia está inscrita en nuestros cuerpos, en nuestro lenguaje, en la política, en el arte y en el discurso filosófico. Pero sin duda es en las experiencias “sobrenaturales”, en las figuraciones de la locura y sobretodo en la experiencia cotidiana de los sueños donde nos hallamos más expuestos a este *apeiron* que Ludueña Romandini llama *Outside*. Aquello que desde el *Outside* irrumpe en el orden del ser son los espectros. Estos funcionan como los operadores de pasaje que hacen posible la emergencia, la crisis y el colapso de los mundos fenoménicos ordenados de la experiencia vivida. La subjetividad misma es un efecto de la agencia espectral.

La escritura de Fabián Ludueña Romandini es una de las más audaces en la filosofía argentina contemporánea. Inscrito en el cruce entre la deconstrucción, los debates sobre biopolítica y el giro especulativo de la filosofía contemporánea, el proyecto teórico de *La comunidad de los espectros II: Principios de espectrología* consiste en el desarrollo de una cosmología política, una “ciencia post-metafísica de lo allende el Ser” (p. 275), “capaz de encontrar formas segmentadas de verdad intemporales sobre el mundo” (p. 24). Para esto, el discurso filosófico deberá cumplir con dos condiciones metodológicas: en primer lugar, si se buscan verdades intemporales se deberá asumir que “una doctrina del pasado puede ser tan verdadera como ser falsa una doctrina actual sobre el mismo tópico” (pp. 22 y 23); en segundo lugar, deberá renunciar a la pretensión de articular la multiplicidad de las verdades en torno a una verdad del Todo. La condición de posibilidad de esta teoría de la verdad yace en el concepto del tiempo macroscópico que Ludueña Romandini llama *Outside*: la región trans-finita poblada por es-

pectros, que es condición de posibilidad y de imposibilidad de la aparente –pero precaria– clausura uni-múltiple del mundo de la experiencia fenoménica.

Una de las características salientes del libro es su compleja estructura. La mayor parte del texto se divide en dos partes tituladas “Pale-ontología espectral” y “Prolegómenos de espectrología”. Sin embargo, como se advierte antes de la introducción, las dos partes del libro dialogan constantemente entre sí. En parte esto se debe a que, consecuente con su teoría macroscópica del tiempo no lineal, la organización de los capítulos no sigue una secuencia lógica ni cronológica. De hecho, no existe una diferencia temática ni metodológica estricta que permita separar nítidamente las dos partes. La mayoría de los capítulos se desarrollan como un comentario sobre un texto de la historia de la filosofía que sirve de ocasión para el despliegue especulativo. Este método da lugar al desfile de una considerable mesnada de pensadores con los que se establece el diálogo erudito, desde Anaximandro hasta Quentin Meillassoux, aunque el interlocutor privilegiado a quien se dirige es sin duda Jacques Derrida.

Para Ludueña-Romandini, Derrida no ha ido lo suficientemente lejos en la deconstrucción de la oposición entre la vida y la muerte, pues en lugar de arribar a una zona de indiferencia entre la vida y la muerte, habría tomado una decisión filosófica en favor de “la vida más que la vida” (p.74). Pero este borde de la deconstrucción sería un índice del campo trascendental sobre el que el pensamiento filosófico estaría realizando sus operaciones desde los tiempos de Anaximandro: el “campo trascendental de la iteración, (...) forma prototípica del devenir de la metafísica” (p.56), en donde se cifra la gramática de la sinonimia y la homonimia metafísica, de la “multiplicidad que remite al Uno originario” (p.57) y de “la identidad que alberga una diferencia inmanente” (*ibid*). Estas son, para Fabián Ludueña Romandini, las coordenadas del orden del ser a través de cuya fractura éxtima debe poder aventurarse el pensamiento especulativo que se anime a medirse con la sentencia de Numenio y el acoso me-ontológico del infinito. Bajo estas condiciones, el experimento mental de la extinción absoluta hará las veces de una suerte de *nigredo* alquímica, una puesta del pensamiento en contacto con su propia tumba, para embarcarlo en la estela que conduce más allá de la isla de la iteración trascendental, hacia el océano del *Outside*.

Rodrigo Baraglia Di Fulvio